

SAN AGUSTIN

Su vida y su labor

(Continuación)

San Agustín no es uno de aquellos escritores solitarios que enseñan a quien les pregunta, y sólo son útiles a quienes los estudian: al revés, el ilustre doctor ejerció sobre su siglo y sigue ejerciendo todavía un influjo a que nadie puede sustraerse, como ninguno se libra de la acción del sol, aunque se encierre a piedra y barro en un aposento a oscuras. El sistema de educación seguido en la Edad Media, los planes universitarios de todos aquellos siglos son realización y desarrollo de los principios agustinianos. Todos los escolásticos citan a nuestro santo con el respetuoso orgullo de quien alega las opiniones de insigne maestro. Santo Tomás en ninguno de los doctores se apoya tanto como en Agustín: trae las sentencias de este último casi como axiomas, y eso que los dos pertenecen a distintas escuelas filosóficas. Y esta consideración va a servirnos de mucho para no perdernos al estudiar los libros del santo. Porque, ¿seguiríamos el orden cronológico de las obras? Pero ya sabemos que él iba escribiendo sobre los asuntos que le sugerían los anhelos de su alma y las necesidades de su época. ¿Irámos a enumerar siquiera los tratados que compuso? No haríamos con eso sino marear a los lectores. Siguiendo el orden que el santo mismo asigna a los estudios, se podrán conocer sus principales ideas y sus obras más conspicuas sin confusión ni esfuerzo.

El libro llamado *De ordine* versa expreso sobre la manera como las disciplinas científicas han de tratarse sucesivamente para conseguir los mejores resultados. Una noche, en Casiaco, despierta Agustín con el ruido del agua que se vertía por una canal de madera en el pilón del

huerto. Advierte que Licencio y Trigecio, que reposan en el mismo aposento, no están dormidos, y entabla desde el lecho animado diálogo con ellos. ¿Por qué aquel ruido desigual del agua al derramarse en la taza de la fuente? Porque las hojas muertas que arrastra el arroyo se acumulan a intervalos en la boca de la canal, el líquido se represa un instante, deja de caer, empuja en seguida la hojarasca y brota con redoblada fuerza. ¿Y en qué consiste que el susurrar de las ondas cuando corren de continuo no llama la atención, y sí cuando se hace intermitente la caída? En que todo cuanto anda fuera de regla y en desorden choca al espíritu del hombre. Aquí Licencio observa que nada hay en las obras de Dios que no esté en perfectísimo orden. Agustín le replica para ver de aguzarle la mente a su discípulo. Este responde, y la discusión se hace general entre el círculo de amigos y dura por varios días de seguida, hasta llegar a tal punto de elevación y sutileza, que excede las fuerzas intelectuales de los jóvenes discípulos del santo. Propone éste, que dejando el problema, demasiado complejo y difícil del orden en general, departan, con mejor provecho práctico, sobre el modo como han de encadenarse progresivamente los estudios, para alcanzar la sabiduría verdadera.

Comienza por asentar lo que después resumieron en un aforismo los escolásticos, y es que lo primero en la intención es lo último en la ejecución. Quiere, por lo tanto, que no poniendo desde el principio ante los ojos de los estudiantes las supremas verdades a que han de llegar con el tiempo, se empieza por conocimientos más elementales, y no se vaya subiendo sino por grados y paso a paso. Y es menester que las primeras enseñanzas sean, no las que más tarde brindarán mayor utilidad práctica al discípulo, sino aquellas otras, menos útiles en sí, pero muy adecuadas a desarrollar las facultades del alumno. El la-

brador entendido no riega las semillas en la tierra, hasta que no la tiene quebrantada y revuelta con el arado.

Los antiguos dividían y graduaban los conocimientos que sirven de preparación al estudio de lo que hoy, con sentido menos amplio que entonces, llamamos filosofía (1), en siete ramos, apellidados artes liberales. Las tres primeras tienen por objeto proveer a la razón de los instrumentos que más tarde han de servirle para buscar la verdad; y son la gramática, la dialéctica y la retórica, comprendidas con el nombre de *Trivium*; las cuatro últimas artes, llamadas colectivamente *Quadrivium*, son la música, la aritmética, la geometría y la astronomía; ejercitan la razón sobre los números y la disponen a conocer a Dios, unidad suprema (2), y al alma humana, unidad de orden inferior. Hé aquí el sistema pedagógico de san Agustín.

Los dominios de la gramática eran en aquellos tiempos mucho más extensos que lo son ahora. El gramático no se limitaba a enseñar a sus discípulos las reglas y estructura del lenguaje; tocábale además hacerles conocer y entender los autores clásicos. Después llegaría la dialéctica para analizar lógicamente los pensamientos del autor; y la retórica para descubrirles las bellezas y defectos. Aquí viene muy a propósito conocer las opiniones del santo doctor acerca de la conveniencia de enseñar a los jóvenes los clásicos paganos así griegos como latinos.

El punto merece estudiarse, y tiene entre nosotros no escasa importancia. En los cinco primeros siglos los doctores gentiles se enseñaron en las escuelas cristianas: con ellos se criaron san Basilio y san Gregorio Nacianceno, san Jerónimo y el mismo san Agustín; y cuando Juliano el Apóstata prohibió a los *galileos*, como nos llamaba, el

(1) Cicerón definía la filosofía: *Ciencia de las cosas divinas y humanas y de las causas en que ellas se contienen*. Era, pues, entonces el conjunto de todas las ciencias conocidas y por conocer.

(2) No se interprete esta frase en sentido panteísta. No decimos que Dios sea unidad *única*, lo que sería confundirlo con el universo; sino *suprema*, para reconocerlo como creador de las demás.

estudio de las letras por los autores clásicos, exhortando a los perseguidos a que se contentasen con aprender a Mateo y a Lucas; nuestros padres en la fe se creyeron lastimados en lo más sensible, y reputaron aquella persecución más funesta que las de Decio y Dioclesiano. Después de las irrupciones de los bárbaros, Casiodoro y Boecio, iniciadores de la nueva cultura que iba a comenzar, siguieron el sendero de los antiguos Padres. Aunque con menos lucimiento, los clásicos continuaron siendo cultivados en la Edad Media; y adquirieron más entusiastas discípulos que nunca, al renacimiento de las letras griegas y latinas en Europa. Fue a mediados de este siglo XIX cuando algunos escritores piadosos y bien intencionados creyeron descubrir en el estudio de los clásicos paganos, aun hecho de modo prudentísimo como se practica en los colegios de los jesuitas, un grave peligro para la fe y las sanas costumbres. El abate Gaume, conocido por su excelente *Catecismo de Perseverancia*, tan útil para lectura de familia, se hizo porta-estandarte de la nueva espantadiza escuela. En un opúsculo que llamó *Gusano Roedor*, denunció al mundo cristiano las enseñanzas clásicas como origen principal de cuantos males tenemos que deplorar en nuestra época. Escribió otro folleto en que preguntaba: *¿En qué vamos a parar?* y con profético acento anunciaba que el racionalismo llegaría a los extremos a que el error ha llegado siempre en el mundo. Vino después un *¿En qué hemos venido a parar?* destinado a convencer a los lectores de que la profecía de marras ya está cumplida. Al abate Gaume se unieron algunos otros escritores, varios de ellos tradicionalistas (1); y última-

(1) Se llama *tradicionalismo* una doctrina que enseña que el entendimiento humano no adquiere ideas ni puede adquirirlas sin el auxilio de la palabra; que las nociones sobre las grandes verdades de la religión natural no pueden ser conocidas sino por la revelación, y que la razón no podría por sí sola ni aun llegar a saber la existencia de Dios. Esto último fue condenado como herejía por el Concilio Vaticano.

mente ha venido a hacerles eco el famoso Moigno en sus *Esplendores de la Fe*. Campeones del campo contrario han sido los jesuitas en masa, y con ellos muchísimos autores, entre los cuales se distinguió monseñor Dupanloup.

Antes de que oigamos el fallo de san Agustín en esta grave causa, conozcamos brevemente los alegatos de las dos partes.

El mundo moderno ha vuelto al paganismo. Las costumbres, los trajes, las modas, los vicios de las sociedades contemporáneas, de Francia sobre todo, tienen innumerables puntos de semejanza con el modo de ser de la antigua Roma. Este desquiciamiento en que vivimos data de la Reforma protestante, y, más próximamente, de la Revolución Francesa. Y el protestantismo fue hijo del Renacimiento, como lo testifica Erasmo cuando dice que el Renacimiento puso el huevo y Lutero lo empolló. La Revolución Francesa nació también de las ideas paganas; la República del 93 fue copia de la Romana; los nombres de Catón, de Bruto, de Escévola, no se caían de los labios de los convencionistas. ¿Y todo eso habría sucedido si los maestros católicos en vez de enseñarles a los discípulos latín en la Eneida, se lo hubieran enseñado en los himnos de Prudencio; si hubieran puesto las epístolas de san Jerónimo en cambio de las de Cicerón; si en lugar de los anales de Tácito hubieran dado a sus alumnos el tratado de *Libero arbitrio* de san Agustín? Y el mal, superior a cuantos ha padecido la Iglesia en diez y nueve siglos, no tiene remedio. Ya los impíos no niegan como antes uno u otro dogma aislado: lo rechazan todo. Antes se le hacía la guerra a Dios en nombre de Dios, ahora se le combate en nombre de la razón humana. Por fortuna el fin del mundo ya se acerca: dos mil años pasaron de la creación al diluvio; dos mil de aquí al Mesías; no pueden pasar sino otros tantos de la Redención al fin del mundo. Las profecías del Apocalipsis ya se cumplieron

todas, y la revolución es la bestia roja de que habla san Juan.

¡Quién pudiera hacer que todos los racionalistas y demagogos se volvieran partidarios de las doctrinas que acabamos de exponer! Todos enviarían entonces sus hijos a los colegios de jesuitas, a que éstos les enseñaran en las cartas de Cicerón y las fábulas de Fedro los principios revolucionarios. Pero oigamos a la parte contraria.

Lo bello, según la hermosa frase de Platón, es el esplendor de lo verdadero, y nosotros añadiríamos, de lo bueno. Pero así como la verdad es una, y uno el bien, una es también la belleza, y no está sujeta, como suponen muchos, a los gustos y caprichos de los hombres.

Y sólo es bello lo que siempre es bello,

ha dicho exactísimamente un insigne poeta. La marcha, progresos, decadencia de una literatura siguen paralelamente al desarrollo, adelantos y desfallecimientos del idioma que le sirve de expresión. Y ya Newman ha demostrado (1) que cada lengua no tiene sino una época clásica, así como cada hombre no alcanza sino una edad madura, en pos de la cual siguen forzosamente la vejez y la muerte. El propio eminente escritor muestra cómo la tradición de lo bello ha venido sin perderse desde el principio del mundo. De Oriente pasó a Grecia, donde llegó al apogeo; de allí a Roma; de Roma se esparció entre los demás pueblos. Esa belleza encarnó en la literatura y las artes, y brotaba del fondo de verdad que conserva el paganismo; de las virtudes, aunque puramente humanas, que los gentiles practicaban, y que san Agustín, tratando de los antiguos romanos, alaba en la *Ciudad de Dios*. La perfección literaria debe buscarse de preferencia en los autores griegos y latinos, porque Grecia y Roma fueron maestras insuperables del arte. Y en las letras antiguas hay que ir al pe-

(1) *Lectures on University Subjects.*

riodo clásico de cada lengua, a fin de hallar la mayor perfección posible. Ahora bien: literatura cristiana clásica no hay ni entre los griegos ni entre los romanos, por la sencilla razón de que los Santos Padres vinieron al mundo cuando aquellas lenguas habían llegado al período decadente.

Claro está que nadie irá a poner en manos de los niños todos los autores gentiles sin elección y sin criterio; como no se les entregan tampoco todos los escritores modernos. Siempre haremos que los discípulos conozcan la poesía castellana en fray Luis de León y no en Quevedo; la italiana en el Dante y no en Boccaccio; la latina en las *Geórgicas* y no en el *Arte de amar*. Pero los clásicos antiguos, debidamente expurgados y escogidos como hacen los jesuitas, son más inocentes para los mozos que muchos autores cristianos. Más peligroso es poner al alcance de un niño las *Confesiones* de san Agustín, y aun algunos libros de la Sagrada Escritura, el Levítico, verbigracia, que enseñarles a Tito Livio o a César.

Pero hay otra cosa: los escritos de los Santos Padres versan, casi sin excepción, sobre arduas cuestiones teológicas. ¿Explica el catedrático el sentido de cada pasaje? Pero entonces cada maestro de *suprema* y aun de *infima* necesita ser teólogo eminente, y los niños ¿qué alcanzarán de tamañas cuestiones? ¿Les deja que entiendan lo que gusten? Por ahí se llega al libre examen de los protestantes.

Conocidos aunque sumariamente los alegatos de ambas escuelas, oigamos la sentencia definitiva de san Agustín. Ya sabemos que a él lo perdió el estudio de Virgilio; ya conocemos las páginas llenas de hervorosa elocuencia que escribió con aquel motivo: «Desde mi tierna edad me hacían aprender el griego, pero yo aborrecía semejante estudio; y no sé por qué le tenía tanta aversión entonces, que aun ahora no he podido acabar de averiguar el

motivo. Al contrario me sucedió con el latín, al cual me aficioné mucho; no digo aquel latín que podían enseñarme los maestros de primeras letras, sino el que enseñan los gramáticos (1); porque aquel otro estudio de las primeras letras en que se aprende a leer, escribir y contar, no lo tenía por menos pesado y penoso que el de todo el griego. Pero ¿de dónde podía dimanar esta aversión sino de mi pecado y de lo caducó de esta vida, por ser el hombre compuesto de carne animada de un espíritu, cuya vida es como un soplo de aire pasajero que va y no vuelve? Porque, a la verdad, el estudio de aquellas primeras letras era mejor y más sólido; pues con él podía conseguir, como de hecho conseguí entonces y también ahora, ya el leer lo que hallo escrito, ya también escribir todo lo que quiero. Pero en el otro estudio a que yo me incliné más, me obligaban a aprender los errados rumbos de no sé qué Eneas, olvidándome de lo errado de los míos; y a llorar la desgracia de Did, que por amor a Eneas, se mató a sí misma; cuando yo, miserable de mí, no lloraba la muerte que a mí mismo me daban estas fábulas, apaatándome de ti que eres mi Dios y mi vida» (2). Lo que acaba de leerse ¿no es terminante contra los estudios clásicos?

Pero si Virgilio lo perdió, Cicerón y Platón lo salvaron, disponiéndolo a recibir la gracia. Oigamos ahora otra página de las *Confesiones*: «Siguiendo el orden acostumbrado en mis estudios, había llegado a un libro de Cicerón, cuyo lenguaje casi todos admiran, aunque no tanto su ánimo y espíritu. Aquel libro contiene una exhortación del mismo Cicerón al estudio de la filosofía, y se intitula el *Hortensio*. Este libro trocó mis afectos, y me mudó de tal modo, que me hizo dirigir a tí, Señor, mis súplicas y ruegos, y que mis intenciones y deseos fuesen

(1) Hé aquí comprobado lo que dijimos atrás sobre el oficio de los gramáticos.

(2) *Confess.* I. 13.

muy otros de lo que antes eran » (1). ¿Qué diremos ahora? ¿Acaso san Agustín es escéptico y contradice en cada página lo que afirmó en la anterior? Lejos de nosotros semejante idea. Si un autor latino le corrompió, y lo dispuso otro a la verdad, eso dependerá de algo ajeno a la calidad de clásicos y al carácter de gentiles de aquellos escritores. ¿Cómo saber la verdadera opinión del santo sobre el punto en cuestión?

En un libro de enseñanza escrito sin el calor de las *Confesiones*, que ya de obispo dirigió a su clero, es donde vamos a encontrar la deseada respuesta. En el *Tratado de la Doctrina cristiana*, que viene a ser una larga carta pastoral del prelado a su grey, trata el deseado asunto ex-profeso, con admirable doctrina, con noble serenidad y con mayor extensión que en el opúsculo sobre el *Orden*. Con amplio método, divide el santo los conocimientos en dos clases principales: los que tienen origen en institución humana, los que nacen de la observación de objetos preexistentes y anteriores a la ciencia. Los idiomas, la escritura, mudables, sujetos a capricho, pertenecen al primer grupo; al segundo corresponden la historia, la dialéctica. Es verdad que la historia versa sobre hechos contingentes, pero que están cumplidos e irrevocablemente fijos. La dialéctica reposa sobre los inmutables principios de la verdad que proceden de Dios (2).

(1) Ibid. III. 4.

(2) Cf. *Des études classiques dans la Société Crétienne*, par le R. P. Ch. Daniel, S. J.

R. M. CARRASQUILLA

(Continuará)

REVISTA

DEL

Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

Publicada bajo la dirección de la Consiliatura

*Actos oficiales del Colegio—Filosofía—Ciencias—
Literatura, etc.*

Se publica un número de 64 páginas el día 1.º de cada mes, excepto enero y diciembre.

Sólo se canjea con revistas y publicaciones análogas.

Número suelto.....\$	0.20
Suscripción por año (adelantada)....	2.00
Número atrasado.....	0.30

Avisos

1	Página inserción.....	\$ 6.00
$\frac{1}{2}$	»	3.00
$\frac{1}{4}$	»	1.50

Para todo lo relativo a la REVISTA, dirigirse al Administrador, apartado de correos número 72.

Se envían por correo números y suscripciones fuera de la ciudad, siempre que venga el valor del pedido.